**NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992.**

\*\*\*

La respuesta que doy a esa cuestión es inequívoca: mundializado y globalizado, el capitalismo se renueva y renueva su abanico de contradicciones, acentuando se carácter políticamente excluyente, socialmente destructivo y culturalmente barbarizante[[1]](#footnote-2).

\*\*\*

La renovación del capitalismo ha pasado necesariamente por el esfuerzo del capital en liquidar el *Welfare State* –para más allá de su crisis de financiamiento, lo que hoy es grave es su difícil sustentación política: las derrotas de los trabajadores, así como las transformaciones que se operan en el interior de la clase obrera, dejan el *Welfare State* bastante vulnerable a la ofensiva del capital[[2]](#footnote-3).

\*\*\*

Tengo la pretensión de ser marxista –y frente a la ideología dominante, inclusive y especialmente en la universidad, esto parece puro anacronismo. Según tal ideología, el marxismo (o, más exactamente, la tradición marxista) fue debidamente sepultado por el colapso del “socialismo real” y la actual “crisis de paradigmas” lo remitió al museo de las antigüedades[[3]](#footnote-4).

\*\*\*

Pienso que el colapso del “socialismo real” sepultó de hecho el marxismo manualizado de las “tres leyes de la dialéctica”, el marxismo mecanicista y positivizado que se institucionalizó bajo el equívoco rótulo de “marxismo-leninismo”[[4]](#footnote-5).

\*\*\*

El objetivo de este libro, en la oportunidad de su elaboración y publicación original, era claro: ofrecer un análisis de la génesis del Servicio Social que se contrapusiera a los lugares comunes de la bibliografía profesional, casi siempre unilateralmente centrada en el enfoque de la “cuestión social”. Y aún más, otorgas una llave heurística para interpretar el Servicio Social en su dimensión de sistema de saber[[5]](#footnote-6).

\*\*\*

Está sólidamente establecida en la bibliografía que de alguna manera estudia el surgimiento del Servicio Social como profesión –vale decir, como práctica institucionalizada, socialmente legitimada y legalmente sancionada-, su vinculación con la llamada “cuestión social”. Inclusive entre autores que no se destacan por su abordaje crítico y analíticamente fundado del desarrollo profesional, no hay dudas en relacionar el surgimiento del Servicio Social con las carencias propias al orden burgués, con las secuelas necesarias de los procesos que se presentan en la constitución y en el desarrollo del capitalismo, en especial aquellos concernientes al binomio industrialización/urbanización, tal como éste se reveló en el transcurso del siglo XIX[[6]](#footnote-7).

\*\*\*

En nuestra perspectiva, la aprehensión de la particularidad de la génesis histórico-social de la profesión, ni de lejos se gota en la referencia a la “cuestión social” tomada abstractamente; está hipotecada al concreto tratamiento de ésta en un momento muy específico del proceso de la sociedad burguesa constituida, aquel del tránsito a la edad del monopolio, es decir*, las conexiones genéticas del Servicio Social profesional no se encuentran con la “cuestión social” sino con sus peculiaridades en el ámbito de la sociedad burguesa fundada en el orden monopolista[[7]](#footnote-8).*

\*\*\*

De esta forma, el ingreso del capitalismo en la fase imperialista señala una inflexión en que la totalidad concreta que es la sociedad burguesa asciende a su madurez histórica, realizando las posibilidades de desarrollo que, objetivadas, tornan más amplios y complicados los sistemas de mediación que garantizan su dinámica. De donde se derivan, simultáneamente, la continua reafirmación de sus tendencias y regularidades inmanentes (sus “leyes” de desarrollo generales, capitalistas) y sus alteraciones concretas (las “leyes” particulares de la fase imperialista)[[8]](#footnote-9).

\*\*\*

Lo que importa observar y destacar con el mayor énfasis es que la constitución del orden monopolista obedeció a la urgencia de viabilizar un objetivo primario: el aumento de los lucros capitalistas a través del control de los mercados[[9]](#footnote-10).

\*\*\*

En el capitalismo competitivo, la “cuestión social”, por norma, era objeto de la acción estatal en la medida en que aquella motivaba un auge de movilización trabajadora, amenazaba el orden burgués o, en el extremo, colocaba en riesgo global la provisión de la fuerza de trabajo para el capital – condiciones *externas* a la producción capitalista. En el capitalismo de los monopolios, tanto por las características de la nueva organización económica cuanto por la consolidación política del movimiento obrero y por las necesidades de legitimación política del Estado burgués, la “cuestión social” como que se *internaliza* en el orden económico-político: no es sólo el expandido excedente que llega al ejército industrial de reserva que debe tener su manutención ”socializada·; no es solamente la preservación de un padrón adquisitivo mínimo para las categorías apartadas del mundo de consumo que se pone como imperiosa; no son apenas los mecanismos que deben ser creados para que se dé la distribución, por el conjunto de la sociedad, de los gravámenes que aseguran los lucros monopolistas- es todo esto que, llegando al ámbito de las condiciones *generales* para la producción capitalista monopolista (condiciones externas e internas, técnicas, económicas y sociales), articula el enlace ya referido de las funciones económicas y políticas del Estado burgués capturado por el capital monopolista, con la efectivización de esas funciones realizándose *al mismo tiempo* en que el Estado continúa ocultando su esencia de clase[[10]](#footnote-11).

\*\*\*

El lastre legitimador contenido en la psicologización engendrada en este proceso está lejos de agotarse en la posibilidad ya referida de responsabilizar el (los) sujeto(s) singular(es), en su particular configuración individual, por su destino personal. Es obvio que esta posibilidad es significativa: la individualización de los problemas sociales, su remisión a la problemática singular (“psicológica”) de los sujetos por ellos afectados es, como vimos, un elemento constante, a pesar de su gravitación variable, en el enfrentamiento de la “cuestión social” en la edad del monopolio; ella permite –con todas las consecuencias que de ahí derivan- *psicologizar los problemas sociales*, transfiriendo su atenuación o propuesta de resolución para la modificación y/o redefinición de características personales del individuo (es entonces que surgen, con repercusiones práctico-sociales de envergadura, las estrategias, retóricas y terapias de *ajuste* etc.)[[11]](#footnote-12).

\*\*\*

Del punto de vista del sujeto, que se toma a sí mismo en cuanto mónada, la psicologización compensa el espacio de realización autónoma que le fue substraído por la extensión de la lógica monopolista: demandando la atención de los “servicios” que, incidiendo sobre su “personalidad” (ajustándola, integrándola etc.) las instituciones sociales le ofrecen (de hecho o como posibilidad), el individuo obtiene un simulacro de inserción social que parece propiciarle un lazo societal[[12]](#footnote-13).

\*\*\*

Sin embargo, lo decisivo es la contracara de esta naturalización de lo social: *al naturalizar la sociedad, la tradición en cuestión es forzada a buscar una especificación del ser social que sólo puede ser encontrada en la esfera moral.* Naturalizada la sociedad, lo específico de lo social tiende a ser situado en sus dimensiones ético-morales –y he aquí que se franquea el espacio para la psicologización de las relaciones sociales[[13]](#footnote-14).

\*\*\*

La ruta de psicologización pasa, en un primer momento, por la determinación de la problemática de la “cuestión social” como siendo externa a as instituciones de la sociedad burguesa- ella deriva no de su dinámica y estructura, sino de un conjunto de dilemas mentales y morales; entonces la propuesta terapéutica no puede ser sino “una reorganización espiritual” (Comte,1973:92), apta a contemplar “el verdadero programa social de los proletarios” (sic), consistente en 2asegurar convenientemente a todos, primero, una educación normal, después, el trabajo regular (ídem)[[14]](#footnote-15).

\*\*\*

Este consiste básicamente en dos movimientos: uno que *deseconomiza* (y, por lo tanto, *deshistoricisa*) la “cuestión social”; otro, que sitúa el blanco de la acción tendiente a intervenir en ella en el ámbito de algunas expresiones anímicas –y es superfluo indicar el enlace orgánico entre estos dos movimientos. Ambos concretizan el giro que traslada el enfoque de las refracciones de la “cuestión social”, sin perjuicio de la sugestión de prácticas que las afecten perfunctóriamente, para el terreno del *modelage* psicosocial y moral- , de donde se manifiesta el énfasis en la educación y en la espiritualidad. Si no estamos ya delante de la individuación de las repercusiones de la “cuestión social”, el hecho es que este paso psicologizante matriza una postura verdaderamente canónica de la tradición conservadora, postura que será enteramente compatible con vertientes que, en esta tradición, repudian algunos de los postulados centrales del positivismo “clásico” (es el caso específico de las proposiciones de la Doctrina Social de la Iglesia, tal como las formuló León XIII), desde entonces, la programático conservadora innovó poquísimo[[15]](#footnote-16).

\*\*\*

En el plano histórico-universal, las condiciones para la asunción del proletariado como clase para sí se configuran con los enfrentamientos de 1848. Las amargas derrotas de la clase obrera (y de hecho, por el conjunto de los trabajadores), a las cuales siguió pro lo menos una década de reflujo de su movimiento en escala eurocontinental, destruyendo todo un acervo de ilusiones en relación, sea a las posibilidades de la revolución según la tradición blanquista, sea a los arcos de alianza entonces viables –tales derrotas constituyeron el material histórico a partir del cual, práctica y políticamente, el proletariado comienza a construir su identidad como protagonista histórico-social consciente. Es en los años sesenta que el reflujo mencionado se ve revertido –como lo indica la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Se inicia entonces un largo proceso, que sólo estará consolidado en vísperas de la Primera Guerra Mundial, por el cual la clase obrera urbana va a elaborar sus principales instrumentos de intervención sociopolítica, el sindicato y el partido proletario[[16]](#footnote-17).

\*\*\*

Por un lado, la *coyuntura de crisis* marca la transición al capitalismo de los monopolios: ésta se extiende nítidamente de 1873 a 1896, con picos flagrantes en 1877, 1884-1887, 1890 y 1893; la tendencia depresiva parece modificarse a partir de 1896, pero retorna en 1900, 1903 y 1907; “en 1913-1914, una nueva crisis ya anunciaba, sin embargo la guerra la abortó”[[17]](#footnote-18).

\*\*\*

Es el protagonismo proletario entonces, el que, cuando se configura la edad del monopolio, pone la solución de la “cuestión social” como variable de las luchas dirigidas a la superación de la sociedad burguesa. Pero no se trata solamente de la politización de la “cuestión social”, en un camino antagónico a cualquier visión conservadora o reaccionaria: se trata de visualizar su solución como *proceso revolucionario*. Es decir: la “cuestión social” es puesta en su terreno específico, el del *antagonismo* entre el capital y el trabajo, en los enfrentamientos entre sus representantes; es colocada, sino embargo, como objeto de intervención revolucionaria por agentes que se *autoorganizan* preocupados con la conciencia de los fines y la ciencia de los medios. Tenemos, pues, un profundo redimensionamiento histórico-social de la propia “cuestión social” en la emergencia del orden monopolista[[18]](#footnote-19).

\*\*\*

Esta crónica, generalmente rica en informaciones sobre el itinerario que transcurre desde los intentos de racionalización de la asistencia (a partir de la segunda mitad del siglo XX) a la creación de los primeros cursos de Servicio Social (en el pasaje del siglo XIX para el XX), está predominantemente sustentada en una tesis simple: la constitución de la profesión sería el resultado de un proceso acumulativo, cuyo punto de arranque estaría en la “organización” de la filantropía y cuta culminación se localizaría en la gradual incorporación, por las actividades filantrópicas ya “organizadas”, de parámetros teórico-científicos y en el perfeccionamiento de un instrumental operativo de naturaleza técnica; en suma, de las protoformas del Servicio Social a éste en cuanto profesión, la evolución como que dibujaría un *continuum.* La tesis, inscripta por veces en análisis ingenuos, por veces en investigaciones más pretenciosas, se presenta en autores que se ubican en las posiciones teóricas e ideológicas más diferentes –lo que le otorga una áurea de prestigioso consenso. Su debilidad, más allá de trazos mecanicistas que exhibe con evidencia mayor o menos, es indiscutible: se muestra inepta para comprender un elemento central del proceso sobre el cual se vuelca –el *fundamento que legitima la prefesionalidad del Servicio Social*; frente a esta cuestión axial, la solución recurrente es la de atribuir ese soporte especialmente al sistema de saber que pasa a conformar al Servicio Social. Vale decir: la legitimación profesional es localizada en el sustento teórico[[19]](#footnote-20).

\*\*\*

Se trata de la *relación de continuidad* que efectivamente existe entre el Servicio Social profesional y las formas filantrópicas y asistenciales desarrolladas desde el surgimiento de la sociedad burguesa. Esta relación es innegable y en la realidad muy compleja; por un lado, abarca un universo ideopolítico y técnico-cultural que se presenta en el pensamiento conservador; por otro, incorpora modalidades de intervención características del caritativismo –ambos velos cubriendo igualmente la asistencia “organizada” y el Servicio Social. Sobre todo, la relación de continuidad adquiere una visibilidad muy grande porque hay una institución que desempeña un papel crucial en los dos ámbitos –la Iglesia católica[[20]](#footnote-21).

\*\*\*

Entre tanto, la relación de continuidad no es única ni exclusiva

-ella coexiste con la relación de ruptura que, ésta si, se instaura como decisiva en la constitución del Servicio Social en cuanto profesión. Sustantivamente, la ruptura se revela en el hecho de poco a poco haber comenzado a desempeñar papeles ejecutivos en proyectos de intervención cuya funcionalidad real y efectiva se imponen por una lógica y una estrategia objetiva que independen de su intencionalidad. El camino de la profesionalización del Servicio Social es, en verdad, el proceso por el cual sus agentes

- aunque desarrollando una auto-representación y un discurso centrados en la autonomía de sus valores y de su voluntad –se insertan en actividades interventivas cuya dinámica, organización, recursos y objetivos son determinaos más allá de su control[[21]](#footnote-22).

\*\*\*

Por lo expuesto, por el acúmulo ya obtenido en parte significativa de la literatura crítica del Servicio Social (especialmente los autores identificados con el llamado *movimiento de reconceptualización*), es superfluo observar que la profesión emerge con el privilegio de sus potencialidades legitimadoras frente a la sociedad burguesa –no es sólo su enraizamiento en la vertiente del pensamiento conservador que la vuelve extremamente funcional para concebir (y tratar) las manifestaciones de la “cuestión social” como problemas autonomizados, para operar en sentido de promover la psicologización de la socialidad y para apostar en los vectores de la cohesión social mediante los conductos de le “reintegración” de los acometidos por las sociopatías[[22]](#footnote-23).

\*\*\*

La discusión sobre la naturaleza del Servicio Social es prácticamente contemporánea a su propia institucionalización como profesión (Leiby, 1978). Factualmente esta discusión estuvo vinculada al debate de sus papeles socio-ocupacionales –en buena medida marcados por la herencia de sus protoformas- y de la relevancia de los mismos, condicionando en escala ponderable los paradigmas que alternativamente se presentaron como identificadores del Servicio Social[[23]](#footnote-24).

\*\*\*

Claro está que tal conexión no es arbitraria ni casual, expresando otra efectiva interacción entre dos dimensiones referidas. Entre tanto, el tratamiento distinto de ellas es una exigencia básica para iluminar convenientemente las peculiaridades de cada una. Y en especial, para infirmar la equivocada relación causal que la tradición profesional fue estableciendo entre ambas, consistente en derivar la legitimidad de la práctica profesional a partir de sus fundamentos pretendidamente científicos. Y mucho más significativamente, porque permite remitir el análisis de la problemática teórico-cultural del Servicio Social a su terreno fundamental –aquél que se pone en el ámbito de las relaciones entre proyecto de intervención y rigor teórico posible en el conocimiento de lo social en los marcos de la sociedad burguesa[[24]](#footnote-25).

\*\*\*

De lado de esta inversión generalizada en la construcción de la autoimagen del Servicio Social, que supone que la raíz de la especificidad profesional (o de parte sustantiva de ella) adviene de un *stock* “científico”, y colocando otro desafío para análisis más agudos y mínimamente sólidos, parece que está la relación entre la institucionalización profesional del Servicio Social y el fenómeno universalizado e indiscutible de éste se presente como “profesión femenina”. Esta relación no carece de significado –por el contrario, sobreviene cargada de implicaciones. Entre otros elementos, se compone ahí el cuadro, preñado de dilemas, de la afirmación socioprofesional de actores en este mismo ámbito (socioprofesional) profundamente subalternalizados[[25]](#footnote-26).

\*\*\*

En efecto, el giro del final de la década del veinte no puede agotarse en el reconocimiento de un nuevo papel socioprofesional para el Servicio Social de Caso: éste implica la explicitación de los problemas que aparecen cuando la vertiente analítica y diagnóstica que entonces emerge en Estados Unidos se imbrica con el bagaje de conocimientos que se venía acumulado de los “años progresistas” a las “ideas constructivas” (Leiby, 1978). Por su vez lo que viene a tono después de 1945 no se puede reducir a la sanción de una ampliación del espacio profesional, con el ingreso en éste del Desarrollo de Comunidad: supone la identificación de las cuestiones de la compatibilización de un abordaje comprensivo y macroscópico de la dinámica social como un acervo teórico y de intervención básicamente atomizado y de microescala[[26]](#footnote-27).

\*\*\*

Un tratamiento diferenciado, que distinga en el plano analítico es estatuto teórico del Servicio Social del estatuto práctico-profesional, tal como la enfatizamos líneas atrás, no es sólo dificultado por a tradicional construcción de la autoimagen del Servicio Social comprometida por la inversión ya señalada. Si ésta se construyera en su único obstáculo, bastaría para superarla una crítica de fondo.

Pero este no el caso. El desmontaje del referido ilusionismo está lejos de propiciar la desobstrucción del camino para el análisis sustantivo. El problema hecha raíces más profundas y complejas en un terreno singular: la propia *naturaleza socioprofesional del Servicio Social. Es de ésta que derivan, puesta la carencia de un referencial teórico crítico-dialéctico*, las peculiaridades que hacen de él un ejercicio práctico-profesional medularmente sincrético[[27]](#footnote-28).

\*\*\*

*El sincretismo nos parece ser el hilo conductor de la afirmación y del desarrollo del Servicio Social como profesión, su núcleo organizativo y su norma de actuación*. Se expresa en todas las manifestaciones de la práctica profesional y se revela en todas las intervenciones del agente profesional como tal. *El sincretismo fue un principio constitutivo del Servicio Social[[28]](#footnote-29)*.

\*\*\*

Tres son los fundamentos objetivos de la estructura sincrética del Servicio Social: el universo problemático original que se le presentó como eje de demandas histórico-sociales, el horizonte de su ejercicio profesional y su modalidad específica de intervención.

Todo el complejo de otras determinaciones sincréticas propias al Servicio Social –valoraciones, componentes de referencia teórica etc- asienta en y ocurre y refuerza estas bases factuales[[29]](#footnote-30).

\*\*\*

De ahí, dígase de paso, la posibilidad abstracta de “recontar” cualquier segmento de la vida social como legítimo sector para la intervención profesional de agentes como asisitentes sociales –existe la posibilidad abstracta de implementar acciones dirigidas por el Servicio Social a cualquiera sea la esfera de la sociedad. La refuncionalización del Estado burgués en este cuadro histórico-social, dada la integración orgánica de sus aparatos con aquellos de las grandes corporaciones (ver capítulo 1), acarreó más que la creciente y burocrática institucionalización de las intervenciones preventivas/correctivas sobre aquellas refracciones: tendió a operacionalizarlas según estrategias globales (de clases), que tanto la reproducen ampliadamente como responden, en un esfuerzo integrador, a las presiones generadas por ellas y apropiadas políticamente por las clases subalternas: se trata aquí de la operacionalización por la vía de las *políticas sociales[[30]](#footnote-31)*.

\*\*\*

Se verifica, por lo tanto, que la problemática que demanda la intervención operativa del asistente social se presenta, en si misma, como un conjunto sincrético; su *fenomenalidad es el sincretismo* –dejando en la sombra la estructura profunda de aquella que es la categoría ontológica central de la propia realidad social, la *totalidad[[31]](#footnote-32)*.

\*\*\*

En cualquiera de esos casos, lo que resulta es que la *especificidad* profesional se convierte en incógnita para los asistentes sociales (y no sólo para ellos): la profesionalización permanece como un circuito ideal que no se traduce *operativamente*. Las peculiaridades *operativas* de su práctica no relevan la profesionalización: todo ocurre como si la especificación profesional no repercutiera en la práctica –lo específico práctico-profesional del Servicio Social se presentaría en la fenomenalidad empírica como inespecificidad operativa. En suma: la profesionalización, más allá de establecer la referencia ideal a un sistema de saber, tendría representado únicamente la sanción social e institucional de formas de intervención (por eso mismo, ahora implicando preparación formal previa para su ejercicio y remuneración monetaria) preexistentes, sin derivar en una *diferenciación* operativa, a pesar de que implicara efectos sociales distintos de éstas[[32]](#footnote-33).

\*\*\*

Destaque de relevancia mayor, sin embargo, cabe a lo que esta polivalencia expresa: el sincretismo contenido en la práctica del Servicio Social. Es propio de la práctica que se toma sincréticamente no solamente su translación y aplicación a todo y cualquier campo y/o ámbito, reiterando procedimientos formalizados abstractamente y revelando su indiferenciación operativa. Combinando sentido común, buen sentido y conocimientos extraídos de contextos teóricos; manipulando variables empíricas según prioridades establecidas por la vía de la inferencia teórica o de voluntad burocrático-administrativa; legitimando su intervención con un discurso que mezcla valoraciones de las más diferentes especies, objetivos políticos y conceptos teóricos; recurriendo a procedimientos técnicos y a operaciones dictadas por expedientes coyunturales; apelando a recursos institucionales y a reservas de emergencia y episódicas –realizada y pensada a partir de esta estructura heteróclita, la práctica sincrética expone la aparente polivalencia. Esta no resulta sino del sincretismo práctico-profesional: se nutre de él y lo expresa en todas sus manifestaciones[[33]](#footnote-34).

\*\*\*

Si originalmente el sincretismo penetra la práctica profesional del Servicio Social como derivación de las condiciones (histórico-sociales y teórico-ideológicas) de su surgimiento, cuando el Servicio Social se consolida como profesión la dinámica pasa a tener como soporte su práctica: su peculiar sincretismo práctico condiciona largamente el sincretismo de sus representaciones[[34]](#footnote-35).

\*\*\*

Una primera operación necesaria para deslindar el sincretismo ideológico del Servicio Social es aquella que apunta a la radical diferencia entre la tradición cultural europea, especialmente la continental, y la norteamericana, en todas las etapas evolutivas e la profesión hasta los primeros años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial. Sólo a partir de entonces –y así mismo con cautelas analíticas- se puede hablar de un proceso *tendencial* de ecualización del *background* cultural e ideológico del Servicio Social[[35]](#footnote-36).

\*\*\*

La subsunción de ambas en el *ethos* burgués, o en la identificación de su funcionalidad al orden capitalista, no colabora para la iluminación del proceso de afirmación y desarrollo del Servicio Social -y paralelamente, no auxilia a la comprensión de las diferencias *actuales* de la profesión en América del Norte (Estados Unidos y parte de Canadá) y en Europa Occidental[[36]](#footnote-37).

\*\*\*

El desarrollo de las protoformas del Servicio Social en Europa Occidental se prende a tres fenómenos, *desconocidos en el otro lado del Atlántico*: una traumática herencia de experiencias revolucionarias, la fuerte presencia de una cultura social restauradora y el peso específico de la tradición católica[[37]](#footnote-38).

\*\*\*

Echando raíces en la movilización campesina de la baja Edad Media (y que penetró en los tiempos llamados modernos, como lo prueba la guerra campesina alemana, la que tuvo amplias incidencias en el desarrollo de la reforma –ver Engels, 1977 y Bloch, 1974), la experiencia revolucionaria de Europa Central y Occidental, que siempre se vinculó con la *cuestión nacional*, es un rosario de conflictos abiertos y de rara violencia, que se fijó hondamente en la conciencia de las masas y de las élites. El punto alto de su curva (al margen de los eventos ingleses 1640 1688) es indudable el arco que liga 1789 a 1848 (Marx, 1986a y 1986b y Hobsbawm, 1977). A partir de entonces, el substrato efectivo de esos choques viene a tono en toda su modernidad; 1848 señaló, con su sangrienta crudeza, la individuación de dos protagonistas sociopolíticos que aparecían antagónicamente en escena –la burguesía y el proletariado-. Los polos de las luchas de clases contemporáneas, desde ahí explicitados, aparecen con su fisonomía definida en 1870 (Marx, 1986b, Rosenberg, 1986 y Lefebvre, 1964). La brutalidad de la reacción burguesa, entrelazada a su recurso a los odiados *junkers*, quedaría indeleblemente marcada en la memoria popular. Indeleblemente marcado, con todo, también quedaría el “asalto al cielo” en el recuerdo de las élites burguesas: en la secuencia de la Comuna, éstas pasaron a representar el movimiento obrero organizado y revolucionario como encarnación de la barbarie.

Y cuanto más crecía en Alemania, a pesar draconiana legislación antisocialista-, tanto más las élites burguesas apelaban a la mentira, la difamación y la calumnia, en una sistemática lucha para galvanizar la voluntad política de las clases y estratos sociales intermedios.

El proyecto sociopolítico burgués dominante en este marco es fuertemente antidemocrático, derivando para inclinaciones progresivamente derechistas, a las cuales no son ajenas lineamientos de cariz racista[[38]](#footnote-39).

\*\*\*

La tradición restauradora, que efectivamente surge en las inflexiones de la Revolución Francesa y que se tonifica entre las jornadas de junio y el golpe de Luis Bonaparte, ofrece, en el último cuarto de siglo, un conjunto muy denso de legitimaciones para el desempeño de las élites burguesas. En él convergen elementos muy heterogéneos que sólo se sueldan por la catalización ofrecida por la presencia de un enemigo común –el estandarte rojo. Por un lado, está el componente específicamente restaurador, que viene por a senda abierta por el reaccionarismo de Bonald (influenciado por los giros de Burke y con inspiración católica); por otro lado, el eje que se constituye en torno de la tradición republicana de derecha, marcadamente laica; y por fin, los elementos típicos del positivismo gaulés, que tanto repercuten en el conservadurismo de la naciente sociología como en el surgimiento de nuevas formulaciones espiritualistas. Esta mezcla cultural desaguará en una problemática totalmente comandada por la preocupación en establecer jerarquías sociales estables y polarizadas por la noción de orden. Por eso mismo, ella no va solamente a otorgar al proyecto sociopolítico burgués dominante post-Comuna coyunturales legitimaciones ideológicas, sino que le dará más: las condiciones para articular un pensamiento sociopolítico que, invadiendo el siglo XX, alimentará corrientes derechistas. –se trata del *neotradicionalismo[[39]](#footnote-40)*.

\*\*\*

Pues bien, comparado al cuadro europeo, el panorama norteamericano es estructural y cualitativamente diverso. Primero, las experiencias no tenían peso sensible en la historia norteamericana: la ausencia de instituciones precapitalistas permitió, desde la colonización, un florecimiento del orden competitivo sin las penas y lo s traumas de choques con un orden feudal –al contrario de Europa, las relaciones capitalistas encuentran un espacio abierto para su desarrollo (un espacio, nótese, no sólo social sino inclusive con una frontera físico-geográfica posible de ser franqueada). La Guerra de la Independencia, así como las agresiones bélicas expansionistas dirigidas contra el sur, no fueron marcadas por insurgencias de grupos sociales subalternos (éstas sólo aparecieron episódicamente). El único traumatismo societario norteamericano se conectó a la esclavitud. Hasta la Guerra Civil, observaciones como las de escrupulosos viajantes europeos (como Tocqueville, 1945), atendiendo la evidencia de la democracia política, eran pertinentes, porque “había en la sociedad americana muchos problemas e injusticias, un que pocos problemas de gran importancia. La esclavitud era la excepción” (Bottomoro, 1970:21). El drama de la Guerra Civil, a pesar de su magnitud, fue luego ultrapasado: a partir de 1965-1870, el desarrollo capitalista gana una aceleración inédita, en un ciclo expansivo que sólo se agotará en la segunda década de este siglo (Huberman, 1966)[[40]](#footnote-41).

\*\*\*

Es en el inmediato posguerra civil que se engendran las condiciones culturales elementales que, en el pasaje del siglo, permearán las protoformas del Servicio Social. Estas condiciones expresan con fidelidad la atmósfera de entonces: a la ausencia de una herencia revolucionaria traumática y al vigor del desarrollo capitalista se suman los embriones de lo que vendrá a ser el movimiento reformista, constituyéndose en los años progresistas (1900-1919). Tales condiciones, sumaria aunque inteligentemente analizadas por Coser (in Bottomore y Nisbet, 1980), señalan el surgimiento de un bloque ideológico en el que se funden el fervor moral evangélico y la reflexión sobre el orden social. La inexistencia de un influjo católico significativo en esta tradición retira de su dimensión filantrópica cualquier matiz arcaizante y, al contrario, la adecua, como aparece en la interpretación weberiana, al individualismo liberal y al espíritu del capitalismo[[41]](#footnote-42).

\*\*\*

En las fuentes ideológicas de las protoformas y de la afirmación inicial del Servicio Social europeo, dado el anticapitalismo romántico, hay un vigoroso componente de *apología indirecta* del capitalismo; en las fuentes norteamericanas ni siquiera de esta forma el orden capitalista era objeto de cuestionamiento[[42]](#footnote-43).

\*\*\*

En el plano de la intencionalidad del Servicio Social, su proyecto de intervención, que es medularmente *reformista*, se muestra abiertamente condicionado por la perspectiva en que se coloca el desarrollo capitalista[[43]](#footnote-44).

\*\*\*

La moldura de la intervención es básicamente ético-moral, en dos direcciones: en la del actor de la intervención (que debe restaurar el orden perdido) y en la del proceso sobre el cual actúa (que debe ser recolocado en un orden *mejor*). Donde no hay ponderación de la apología indirecta al reformismo profesional es *modernizador*: la intervención tiene por objetivo un patrón de integración que se juega con la efectiva dinámica vigente y se propone explorar las alternativas en ella contenidas –el orden capitalista es tomado como invulnerable, sin recurrir a parámetros pretéritos. La moldura de la intervención se altera visiblemente: el actor profesional es un prestador de servicios, que reclama una remuneración y se presenta como portador de una cualificación técnica –su intervención es exigida por la naturaleza misma del orden vigente, cuya estructura profunda es invulnerable y, desde este punto de vista, sólo debe ser objeto de juicios de hecho[[44]](#footnote-45).

\*\*\*

El cariz modernizador de esta vertiente aparece con nitidez también en este nivel: hay una valorización de la orientación teórica al colocar la “ciencia” como elemento propio de la contemporaneidad. El reconocimiento de la insuficiencia de la teoría no pasa por el canal de la sospecha, sino que se muestra como asunción (“científica”) de la naturaleza relativa de todo conocimiento racional[[45]](#footnote-46).

\*\*\*

El fundamento personalista norteamericano (que se desarrolla desde los últimos años del siglo pasado, hasta ganar resonancia en los años veinte y treinta, con Bowe, Howison, Calkins, Hocking, Flewelling y Brightmann, aglutinando sus adeptos a través del periódico *The personalist*, creado en 1920) es un sistemático combate al materialismo, al evolucionismo y al racionalismo-y evidentemente, en este último aspecto estaba en conflicto con la tradición pragmática. Y justamente por este trazo, concretizado en una opción de cariz solipsista, el personalismo norteamericano instaura un espacio en el cual los bloques cultural-ideológicos en presencia pueden interactuar ampliamente: el del irracionalismo que permite el paso al psicologismo extremado e al agnosticismo-límite –aquel en que lo Incognoscible puede tener el rostro que el creyente le atribuye[[46]](#footnote-47).

\*\*\*

A pesar de que sea importante enfatizar la urgencia de establecer en qué medida el personalismo norteamericano afectó *directamente* a las prácticas y a la elaboración del Servicio Social, lo que aquí interesa es subrayar lo que éste señala: una corriente ideológica que, en 1949, aparece “como lo más ampliamente aceptado entre los sistemas idealistas (objetivos)” (Bogomolov, 1979:93), expresa un fenómeno de intensa gravitación intelectual. Manifiesta un ambiente cultural que, con toda seguridad, revela una difusa, aunque no por eso enrarecida, atmosfera ideológica. Exactamente aquella en que le Servicio Social, ya profesionalizado, pasa a moverse: la que encuadra las refracciones de la “cuestión social” en el ámbito de la *personalidad,* y en seguida, en el de *la relación interpersonal* (tal como se va a configurar el Servicio Social de grupo, con marcados influjos de la dinámica y de la terapia grupal)[[47]](#footnote-48).

\*\*\*

Hay que enfatizar, en este giro, dos aspectos axiales. El primero se refiere a la rearticulación del sistema de saber que consolida al Servicio Social norteamericano: ya no es más el sustrato que Richmond recoge de los pragmáticos “clásicos”, W James y Dewey, y de Mead, sino la apertura a desvanecientes influjos “científicos” de la psicología –lo que hace sin un examen de los presupuestos anteriores y actuales, comprendiéndose el giro como un paso en frente en una evolución lineal. El otro aspecto es la interacción entre las dos vertientes cultural-ideológicas –es en las condiciones de ese giro que ella se realiza[[48]](#footnote-49).

\*\*\*

La estructura sincrética del Servicio Social se encuentra, como no podría ser de otra manera, en el sistema de saber que amarra –sustentando, caracterizando y legimitando- sus prácticas e igualmente sus representaciones. El análisis del sincretismo teórico o, como pretende la tradición, “científico”, que articula el sistema de saber en que gravita el Servicio Social es una tarea que. En el plano expositivo, debe contemplar tres segmentos argumentativos diferentes: las posibilidades del conocimiento teórico (“científico”) del ser social, la filiación teórica del Servicio Social y sus propias pretensiones a construir un saber específico. Enfrentaremos secuencial y diversamente cada una de estas problemáticas, que en ese caso no deben ser disociadas[[49]](#footnote-50).

\*\*\*

Preliminarmente, sin embargo, es necesario un pequeño percurso en relación a la noción misma de “ciencia” social. En la perspectiva de la tradición positivista , el concepto de ciencia es inequívoco y su extensión a la investigación del ser social parece legítima: como la legalidad de lo social es identificada a la legalidad de la naturaleza, el estatuto “científico” de la investigación de la sociedad es homólogo al de la naturaleza –vale decir, el patrón teórico de las “ciencias de la sociedad” es un símil del de la biología, de la física, de la química etc, y “teoría” es prácticamente ecualizada a “ciencia”. La racionalidad “científica” del positivismo y de sus derivaciones ya fue suficientemente discutida por pensadores marxistas (o, en alguna medida, por pensadores influenciados por Marx), de modo que no es pertinente aquí retornar sino episódicamente a esta crítica. Lo que interesa remarcar es que, para la perspectiva matrizada por el positivismo y sus derivaciones, la noción de “ciencia” (o, más exactamente, de “ciencias” sociales) es algo que va sin problematización de fondo[[50]](#footnote-51).

\*\*\*

a) que la categoría de *ciencia* es básicamente pensada como ultrapasaje de la “falsa conciencia” (es así que, en 1845-1846, la “ciencia única de la historia” se distingue de la “ideología alemana”), b) que ella implica simultáneamente un *vínculo de clase y un elemento de autonomía relativa*; c) que ella es esencialmente concebida como *arma crítica* contra cualquier representación apologética (ver Marx, 1983b,I,1:esp.p.76, nota 32 y p 100, nota 73). Hay que considerar aún más: si bien en Marx las llamadas “leyes generales de la vida económica”, “esas leyes abstractas no existen, sino que, al contrario “cada periodo histórico posee sus propias leyes”, siendo que “el valor científico” de su investigación “reside en la aclaración de las leyes específicas que regulan nacimiento, existencia, desarrollo y muerte” de la sociedad burguesa; si aun esas leyes tienen siempre un carácter tendencial (Marx,1984); si tales leyes somn especificas de una realidad qie, a diferencia de la natural, es producida por los hombres –consideradas estas condiciones, entonces se hace muy difícil, a nuestro juicio, aproximar la concepción marxiana de ciencia (social) a cualquier para digma que implique una “homogeneidad epistemológica” (la feliz expresión de Löwy) entre el conocimiento de la sociedad y el de la naturaleza[[51]](#footnote-52).

\*\*\*

Entendemos que es más correcto, en esta línea de consideración, abandonar la tradición marxista que caracteriza la obra marxiana como ciencia social –tradición ésta, fuertemente contaminada por los patrones positivistas y sus derivaciones. Preferimos pensar la obra de Marx como fundante de una teoría social, que articula una postura nítidamente ontológica (Lukács, 1976 y 1981) con una radical historicidad: se trata de una teoría sistemática (no un sistema) que responde al movimiento del ser social que se engendra en la génesis, consolidación y desarrollo (allí incluidas las condiciones de su desaparecimiento) de la sociedad burguesa[[52]](#footnote-53).

\*\*\*

Así concebida la obra marxiana (para detalles de esta concepción, ver Netto, 1981b, 1983b y 1990; Ianni, 1983), ésta se muestra instauradora de una inteligencia de la sociedad dentro de la sociedad burguesa que desborda y niega las problemáticas propias de las ciencias sociales parciales y autónomas –de hecho, en esta línea argumentativa es legítimo afirmar que la contraposicición entre concepción crítico-dialéctica de Marx y las ciencia sociales no es una distinción de ámbitos o de discursos particulares y complementarios, sino una exclusión recíproca. Esto no significa que el pensamiento marxiano no se muestre apto y, muy frecuentemente, para gestar en su interior movimientos de contestación y revitalización –lo prueban con suficiencia las tendencias “críticas” y “radicales” en la sociología, en la antropología etc. Hay que considerar, con todo, que tales tendencias, cuando conducidas consecuentemente a los necesarios límites, rompen completamente con el fundamento formal y de segmentación que estatuye las ciencias sociales en cuento tales. Pero significa, a nuestro juicio, que no hay que tratar con Marx como un “cientista social” como Weber, Durkheim etc, ni a su teoría social como una especie de ciencia social enciclopédica y a su “izquierda”. En una palabra: la obra marxiana es una teoría de la sociedad burguesa que poco tiene que ver con los mismos materiales que sirven de materia a éstas[[53]](#footnote-54).

\*\*\*

Estas condiciones surgen solamente con la sociedad burguesa: sólo entonces, con el acelerado “retroceso delas barreras naturales” (Marx y Engels,1975), las relaciones sociales se muestran constituidas de modo tal que reclaman y propician un tratamiento peculiar. En 1923, Lukács aportó la base para la elucidación de ese problema: en Historia y conciencia de clase, en un ensayo verdaderamente clásico sobre el asunto, él demostró que el conocimiento teórico de los social sólo es pensable cuando “el conjunto de las relaciones del hombre con el hombre (aparece) en la conciencia como la realidad del hombre”; pues bien, “sólo en el terreno del capitalismo, de la sociedad burguesa, es posible reconocer en la sociedad la realidad”, porque es en este terreno, el de la “socialización de la sociedad”, que “el hombre se vuelve (…) ser social, (que) la sociedad se vuelve la realidad de hombre (Lukács, 1974:35)[[54]](#footnote-55).

\*\*\*

La crisis se resuelve en dos direcciones antagónicas y excluyentes: por un lado, con Marx (y Engels) la recuperación crítica de los componentes fundamentales de la economía clásica (por ejemplo, la teoría del valor-trabajo) se efectiva en la fundación de una nueva teoría social, cuyo soporte histórico-social es la perspectiva de las del proletariado (Lukács, 1974; un abordaje sintético se encuentra en Netto, 1983b y 1990); por otro lado, surgen la economía vulgar (y después, la economía subjetiva) y la sociología, ésta autosituada como la primera de las ciencias sociales.

Con Marx, lo que se articula es el conocimiento teórico-sistemático del movimiento dela sociedad burguesa, fundado en una perspectiva (la perspectiva de clase del proletariado) para la cual el conocimiento veraz de la estructura y de la dinámica social burguesa es una cuestión de vida o muerte (Lukács, 1974). Con la economía vulgar y la sociología, lo que se articula es la auto-representación de la sociedad burguesa, fundada en una perspectiva de ocultamiento de los componentes de la estructura y de la dinámica social que revelan la naturaleza transitorio (históricamente determinada) de esta sociedad[[55]](#footnote-56).

\*\*\*

Una teoría social que extraiga del movimiento del ser social en una sociedad burguesa sus determinaciones concretas (es decir, que re-produzca y re-construya su ontología), y que por lo tanto no tenga un valor puramente *instrumental* es, en estas condiciones, función de dos vectores –precisamente los que propician la superación de la positividad y la aprehensión de la racionalidad del proceso social efectivo, de su *legalidad*. En primer lugar, una perspectiva de clase para la cual la disolución de la positividad se constituya en una exigencia inmanente; en segundo lugar, un proyecto teórico-metodológico fundado en un arsenal heurístico capaz de aprehender la procesualidad específica del ser social propio a la sociedad burguesa. Solamente la conjugación de esos vectores permite la resolución de la positividad. Y en los marcos de la sociedad burguesa esa conjugación es garantizada solo por el *punto de vista de clase del proletariado* y por el proyecto teórico-metodológico *crítico-dialectico[[56]](#footnote-57)*.

\*\*\*

Su rechazo a la herencia crítico dialéctica es, por su vez, tanto una operación teórico-cultural cuanto histórico-social, como ya está demostrado persuasivamente: por un lado, se trataba de *extender* la racionalidad de las ciencias de la naturaleza (especialmente la biología y la física) a la reflexión sobre la sociedad; por otro, se trataba de rechazar una razón teórica que *negaba* el orden vigente (Marcuse, 1969)[[57]](#footnote-58).

\*\*\*

En el Servicio Social, sin embargo, estos elementos de la elaboración durkheimiana fueron arrancados de su contexto original y resueltos en una óptica todavía más restauradora y moralista del proceso social (Verdès-Leroux, 1986). Recién en el segundo posguerra comienzan a constatarse repercusiones más sensibles de las ciencias sociales en el Servicio Social europeo, condicionadas, por un lado, por la interacción con la vertiente norteamericana y, por otro, por el propio desarrollo de las ciencias sociales en el continente y en Inglaterra[[58]](#footnote-59).

\*\*\*

Otra fue la suerte de la vertiente norteamericana, desde sus orígenes muy próxima al desarrollo de las ciencias sociales. Ella surge bajo la égida de la sociología en proceso en institucionalización; entre la Primera Guerra Mundial y la gran crisis el ejercicio profesional del asistente social es parametrado por la noción de una *ciencia social sintética aplicada* –es en este marco que Richmond procura elaborar pautas de intervención. El carácter *aplicado* provenía de la convicción de que era esencial a la profesión intervenir sobre variables práctico-empíricas, más que cualquier otra dimensión; el trazo sintético derivaba del tono sistemático de la sociología norteamericana de entonces[[59]](#footnote-60).

\*\*\*

La cristalización de esta relación receptora, inclusive, implicó en otras dos consecuencias de alcance todavía poco evaluado. Los profesionales tuvieron transferido el eje de la apreciación y crítica de los subsidios que recibían: el criterio que los legitimaba no era su veracidad o validez, sino el sistema de saber de donde se desprendían. La resultante es: a)el tono del Servicio Social tendía a ser *heteronómico*, es decir, tendía a ser dinamizado a partir de la valoración “científico”-académica variable disfrutada en un momento dado por una u otra ciencia social o una de sus corrientes; b) la verificación de la validez de los subsidios tendió a desaparecer del horizonte profesional del asistente social –ya que previa y supuestamente realizada en el sistema de saber de origen -, *de donde surge una escasa atención a la investigación* (y las escasas predisposición y formación para tanto). La otra consecuencia deletérea fue la consolidación del practicismo en la intervención del profesional (practicismo que, como vimos, echa raíces en el mismo surgimiento de la funcionalidad histórico-social del Servicio Social); tácitamente el carácter “aplicado” de la intervención profesional pasó a equivaler al cancelamiento de la preocupación frente a los productos de las ciencias sociales[[60]](#footnote-61).

\*\*\*

Nuestro entendimiento va en dirección diferente. Si bien estamos convencidos de que la filiación teórica del Servicio Social a las ciencias sociales de extracción positivista no es un dato irreversible (al contrario: éste puede obtener sus parámetros teóricos de la tradición instaurada por Marx) y si, de la misma forma, estamos convencidos de que su vinculación al pensamiento conservador no es un componente inevitable (también al contrario: éste puede nutrirse de un proyecto social adherido a aspiraciones sociocéntricas revolucionarias), no obstante, consideramos que al Servicio Social está siempre impedida, *a limine*, una construcción teórica específica (y, por consecuencia, la construcción de una metodología particular)[[61]](#footnote-62).

\*\*\*

Esas anotaciones, en nuestra óptica, valen para el pasado más remoto y para el más próximo. Para el más distante ellas indican que, puestas las condiciones del ejercicio profesional, del bagaje ideológico y de la filiación teórica, el eclecticismo era inevitable. Para el pasado más próximo, escenario de un relevante proceso de renovación del Servicio Social, indican que la superación del sincretismo ideológico sólo es una alternativa viable si, además de cortar con su estructura original y tradicional, se cancela una pretensión teórico-metodológica propia y autónoma. La experiencia mostró que, mantenida ésta –y, con ella, subrepticiamente, *las incidencias de la tradición positivista (y neopositivista)* -, la renovación del Servicio Social reitera el eclecticismo[[62]](#footnote-63).

1. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. XXIV Prólogo. [↑](#footnote-ref-2)
2. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. XXIV Prólogo. [↑](#footnote-ref-3)
3. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. XXV Prólogo. [↑](#footnote-ref-4)
4. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. XXV Prólogo. [↑](#footnote-ref-5)
5. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. XXIV Prólogo. [↑](#footnote-ref-6)
6. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 5. [↑](#footnote-ref-7)
7. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 6. [↑](#footnote-ref-8)
8. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 8. [↑](#footnote-ref-9)
9. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 8. [↑](#footnote-ref-10)
10. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 19. [↑](#footnote-ref-11)
11. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 32. [↑](#footnote-ref-12)
12. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág.33. [↑](#footnote-ref-13)
13. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 36-37. [↑](#footnote-ref-14)
14. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 37. [↑](#footnote-ref-15)
15. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 38. [↑](#footnote-ref-16)
16. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 47-48. [↑](#footnote-ref-17)
17. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 49. [↑](#footnote-ref-18)
18. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 53. [↑](#footnote-ref-19)
19. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 64. [↑](#footnote-ref-20)
20. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 65. [↑](#footnote-ref-21)
21. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 66. [↑](#footnote-ref-22)
22. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 72. [↑](#footnote-ref-23)
23. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 81. [↑](#footnote-ref-24)
24. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 82. [↑](#footnote-ref-25)
25. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 84. [↑](#footnote-ref-26)
26. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 87-88. [↑](#footnote-ref-27)
27. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 88. [↑](#footnote-ref-28)
28. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 89. [↑](#footnote-ref-29)
29. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 89. [↑](#footnote-ref-30)
30. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 90. [↑](#footnote-ref-31)
31. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 92. [↑](#footnote-ref-32)
32. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 102-103. [↑](#footnote-ref-33)
33. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 105. [↑](#footnote-ref-34)
34. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 106. [↑](#footnote-ref-35)
35. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 108. [↑](#footnote-ref-36)
36. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 109. [↑](#footnote-ref-37)
37. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 109. [↑](#footnote-ref-38)
38. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 109-110. [↑](#footnote-ref-39)
39. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 110-111. [↑](#footnote-ref-40)
40. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 112-113. [↑](#footnote-ref-41)
41. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 113-114. [↑](#footnote-ref-42)
42. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 115. [↑](#footnote-ref-43)
43. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 115. [↑](#footnote-ref-44)
44. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 116. [↑](#footnote-ref-45)
45. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 117. [↑](#footnote-ref-46)
46. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 123. [↑](#footnote-ref-47)
47. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 124. [↑](#footnote-ref-48)
48. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 124. [↑](#footnote-ref-49)
49. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 133-134. [↑](#footnote-ref-50)
50. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 134. [↑](#footnote-ref-51)
51. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 136-137. [↑](#footnote-ref-52)
52. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 137-138. [↑](#footnote-ref-53)
53. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 138. [↑](#footnote-ref-54)
54. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 139. [↑](#footnote-ref-55)
55. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 141. [↑](#footnote-ref-56)
56. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 144. [↑](#footnote-ref-57)
57. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 145. [↑](#footnote-ref-58)
58. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 148. [↑](#footnote-ref-59)
59. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 148. [↑](#footnote-ref-60)
60. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 149-150. [↑](#footnote-ref-61)
61. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 153. [↑](#footnote-ref-62)
62. NETTO, José Pablo. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y SERVICIO SOCIAL, Cortez Editora, Sao Paulo, 1992 pág. 154. [↑](#footnote-ref-63)